

DOCTRINA CRISTOLÓGICA, PNEUMATOLÓGICA Y ECLESIOLOGÍA DEL MAESTRO ÁVILA

Mons. Gerald Eugenio Cadieres Araujo
Congregación Doctrina de la Fe. Roma.

I. INTRODUCCIÓN

Para enmarcar adecuadamente la doctrina de San Juan de Ávila primero se debe tener en cuenta que no fue un teólogo académico en el sentido de un profesor de teología, sino un gran predicador del Evangelio, así como un confesor extraordinario y director espiritual. Sus enseñanzas se derivan de un corazón ardiente lleno de la caridad pastoral, por lo que siempre tienen un propósito práctico, es decir, para convertir las almas y conducir las progresivamente hacia la unión íntima con Dios. Por lo tanto, el concepto de la teología para el santo no es nunca estático, sino impregnado de dinamismo espiritual y apostólico. En su opinión, la verdadera teología debe ser sapiencial, desarrollada en el contexto de la oración, vivida y predicada, no sólo resultado del estudio, sino también y sobre todo, de una profunda experiencia de Dios. He aquí un texto significativo que explica el por qué de la ignorancia teológica:

«Parece que, leyendo a San Juan y a San Pablo y a Esaiás que luego han de saber la Escritura, y veo muchos leerlos y no saben nada de ella. Y así veo que, si aquel Señor abre y descubre y enseña el sentido de la Escritura, que tiene la llave, el poder y mando y autoridad en el reino espiritual de la Iglesia, figurado por el reino de David, lo cual es tanta verdad, que como dice San Jerónimo, no puede otro enseñar el verdadero sentido de la Escritura sino este solo Señor. Yo no sé más, padre, qué decirle, sino que lea a éstos; y cuando no los entendiera, vea a algún intérprete santo sobre ellos, y especialmente lea a san Agustín, *Contra pelagianos*

y contra otros de aquella secta; y tome un crucifijo delante y Aquél entienda en todo porque El es todo y todos predicán a éste. Ore, medite, estudie. No sé más»¹.

San Juan de Ávila es un verdadero maestro de la vida espiritual, y por lo tanto su doctrina teológica consiste sobre todo en una teología espiritual y pastoral que hunde sus raíces en la Sagrada Escritura, en los Padres y en el Magisterio de la Iglesia, y por lo tanto sigue estando firmemente anclado en fundamentos morales y dogmáticos muy firmes. A partir de esta premisa, primero voy a tratar de identificar las fuentes de la doctrina del Maestro Ávila y luego trataré de trazar brevemente los rasgos de su doctrina cristológica, pneumatológica y eclesiológica.

II. FUENTES DE LA DOCTRINA DE SAN JUAN DE ÁVILA

La enseñanza de San Juan de Ávila se apoya firmemente en fuentes comunes de la teología católica: la Sagrada Escritura, los Padres, el Magisterio de la Iglesia, además de la Liturgia, teólogos, escritores espirituales, etc. Sus escritos reflejan un uso amplio de estas fuentes, así como una amplia erudición y una correcta asimilación.

1. La Sagrada Escritura

La doctrina del Maestro Ávila es eminentemente bíblica, ya que su principal fuente de inspiración es precisamente la Sagrada Escritura. Cualquiera que lea sus escritos se da cuenta inmediatamente de su fundamento bíblico profundo, porque en ellos se citan profusamente los textos de la Biblia y se utilizan con mucha propiedad. Creo recordar aquí un comentario de San Ignacio de Loyola, que habiendo sido informado acerca de la voluntad de San Juan de Ávila de incorporarse a la Compañía de Jesús dijo en frente de algunos jesuitas: «¡Ojala tal hiciera el gran Maestro Ávila!; que le trajéramos en hombros como el arca del Testamento, por ser el archivo de la Sagrada Escritura; que si ésta se perdiera, él sólo la restituiría a la Iglesia»².

Las citas de la Biblia son más 5.600. Del Antiguo Testamento usa sobre todo el Salterio y el libro de Isaías. Del Nuevo Testamento utiliza los Evangelios, sobre todo el de San Juan, y en especial el *Corpus Paulinum* del cual la *Carta a los Romanos* es citada más de 300 veces. Es un hecho que el paulinismo de San Juan de Ávila es profundísimo, al punto de constituir el sello distintivo de su enseñanza y de su celo apostólico. En este sentido, es ilustrativo conocer este incidente:

1 Carta 2, en: L. Sala Balust – F. Martín Hernández, *Obras completas del Maestro Juan de Ávila V* (BAC, Madrid 1970) 36s. (De ahora en adelante se citará esta edición con la abreviación *Obras*, seguida del número del volumen).

2 *Obras* IV, 14.

«Estando Ávila predicando de esta manera en Córdoba, un dominico al enterarse comienza a murmurar de él entre otros religiosos de su convento, «con recelo que no fuese aquella alguna doctrina sospechosa (como en aquellos tiempos corría la secta de los alumbrados)». Alguien le advierte de su error y le invita a que vaya personalmente a escucharle. Cuando vuelve a casa, llega haciéndose lenguas de la predicación de Ávila y repitiendo todo convencido: «He oído a San Pablo interpretar a San Pablo»³. Incluso su primer discípulo y biógrafo, Fray Luis de Granada, O.P., da testimonio del paulinismo del maestro, cuando escribe en su biografía: «Fue nuestro predicador muy devoto del apóstol San Pablo y procuró imitarlo mucho en la predicación y en la desnudez y en el gran amor que a los prójimos tuvo. Supo sus epístolas de coro. Fueron maravillosas las cosas que de este santo Apóstol predicaba y enseñaba. Teníale singularísimo amor y reverencia; y así en las epístolas que nuestro predicador escribió le imitaba maravillosamente. Y es de ver que todas las veces que se le ofrecía declarar alguna autoridad de este santo Apóstol lo hacía con grande espíritu y maravillosa doctrina, como consta de todos sus sermones y escritos»⁴. De hecho, la doctrina paulina aparece continuamente en todos sus escritos, sobre todo cuando trata de temas relacionados con el Misterio de Cristo, su Cuerpo Místico, la gracia, la fe y la justificación.

2. Padres de la Iglesia

En sus escritos, San Juan de Ávila recurre continuamente a las enseñanzas de los Padres de la Iglesia, que él llama «varones santos en quien Él moró, para que nos declarasen la Escritura con el mismo espíritu que fue escrita; para lo cual ni es bastante el ingenio sutil, ni juicio asentado (...), sino la verdadera lumbre del Señor, la cual, cierto, estamos más ciertos haber morado en los santos enseñadores pasados que en los no santos de agora»⁵. Por lo tanto, al interpretar la Biblia enseña que, «donde la Iglesia no determina, hemos de seguir la concorde y unánime interpretación de los santos, si no queremos errar»⁶.

Los Padres más citados son San Agustín (aproximadamente 240 veces) y San Ambrosio (aproximadamente 80 veces). Para la interpretación de la Escritura recomienda de un modo particular a San Jerónimo y a San Juan Crisóstomo: «Me parece que entienda en estudiar el Nuevo Testamento, y sería bien sabello de coro. Y llamo estudiarlo el mirar el sentido propio de él, el cual algunas veces está claro y otras es menester mirar algún doctor. Y de éstos sean los principales Jerónimo y Crisóstomo»⁷.

3 *Ibíd.*, p. 11.

4 Fray Luis de Granada, *Vida del Padre Maestro Juan de Ávila* (Madrid 1588). 10, nota 41.

5 *Obras*, V, 6s.

6 *Obras*, I, 671.

7 *Obras*, V, 749.

Otros antiguos Padres y escritores eclesiásticos, que menciona a menudo en sus trabajos son: Orígenes, San Cipriano de Cartago, Juan Casiano, Pseudo Dionisio el Areopagita y San Gregorio Magno.

3. Magisterio de la Iglesia

San Juan de Ávila cita continuamente el Magisterio de la Iglesia como el garante de la autenticidad de su enseñanza, ya que «a sola la Iglesia católica es dado este privilegio, que interprete y entienda la divina Escritura, por morar en ella el mismo Espíritu Santo que en la Escritura habló»⁸. En su opinión, la doctrina enseñada por los Concilios y los Sumos Pontífices es la misma de Cristo: «De esto alaba el Apóstol a los Gálatas: *tentationem vestram in carne mea, non sprevisit, neque respuistis sed sicut angelum Dei excepistis me, sicut Christum Iesum*: Como si el mismo Jesucristo les predicara lo recibieron, y por esto los alaba. Pues, si a un solo apóstol y ministro de Dios reciben y admiten su doctrina, tiñéndola por la de el mismo Dios, ¿cómo no debe el cristiano admitir la doctrina que le enseña la congregación de los ministros de Dios que es el Concilio, o la que le enseña el príncipe de los ministros que es el Vicario de Cristo?»⁹.

Garante de la verdad revelada es principalmente el magisterio de los Romanos Pontífices. Por lo tanto, la doctrina de que va en contra de sus enseñanzas perecerá sin duda: «La doctrina que no va conforme a la enseñanza de la Iglesia romana, la cual quiso Dios que fuese cabeza y maestra de todas, ciertamente perecerá con sus autores, aunque sean más que tiene la mar gotas de agua y más altos que las estrella del cielo; no es *planta de la mano de Dios* el sentido o palabra que a este crisol no está sujeto y a este dechado conforme, y por esto, *tandem eradicabitur*»¹⁰.

Con respecto a los Concilios, San Juan de Ávila los utiliza muy a menudo a lo largo de sus escritos y le pide al Concilio de Trento que los textos conciliares se pongan a disposición de los teólogos: «Por no tener los teólogos copia de todos los concilios, ignoran muchas cosas necesarias. Convenía que mandasen ponerlos en las universidades e iglesias catedrales. Los concilios que comúnmente andan impresos son una pequeña parte de los que hay»¹¹.

El Maestro Ávila enseñó con entusiasmo la doctrina del Concilio de Trento, que cita unas 200 veces, y lo usó para mejorar sus exposiciones sobre la justificación, tanto en lecciones de la Biblia, como en la versión final del *Audi, filia*.

8 Obras, I, 670s.

9 Obras, IV 45s.

10 Obras, V, 67s.

11 Obras VI, 68.

4. Teólogos y autores espirituales

El Maestro Ávila cita a Santo Tomás de Aquino unas 70 veces, sobre todo en asuntos relacionados con el Misterio de la Trinidad y el Misterio de la Encarnación, pero se puede decir que todo su trasfondo teológico es tomista. No muy a menudo cita a San Buenaventura, que, sin embargo, con Santo Tomás de Aquino es recomendado por el santo para la enseñanza de la teología: «La teología que escriben santos y que es sólida y en la que concuerdan unos con otros, se debe preferir a la que estas condiciones no tiene, y por esto parece que la teología de Santo Tomás de Aquino y San Buenaventura es la más conveniente para ser enseñada en las escuelas»¹².

Entre los escritores espirituales medievales a menudo cita a San Bernardo, en particular en asuntos relacionados con la mariología y la espiritualidad mariana: «En lo de los libros devotos, tenga por principal a san Bernardo, especialmente *In Canticis*»¹³. Otros autores que citan con relativa frecuencia son: San Francisco de Asís, Guillermo de San Teodorico, Enrique Herp y Francisco de Osuna.

III. LINEAMIENTOS DE LA DOCTRINA DE SAN JUAN DE ÁVILA

Es justo señalar que aquí se presenta un breve resumen del pensamiento del santo, sin pretensión de exhaustividad. Por lo tanto, voy a destacar aquellos puntos que me parecían los pilares de su doctrina, basándome en algunos textos emblemáticos, entre los muchos que si podían ofrecer, en los que se puede apreciar directamente de la belleza y la profundidad de su enseñanza.

1. El misterio de Cristo y de la vida cristiana

Toda la doctrina de San Juan de Ávila, al igual que toda su vida espiritual y su predicación, gira en torno al misterio de Cristo. Un buen resumen de su Cristología está contenida en el *Tratado del amor de Dios*, que es, además, una verdadera joya de la literatura espiritual española.

El Maestro de Ávila parte de misterio de la Encarnación, del hecho de que Cristo es verdadero Dios y verdadero hombre, por la unión hipostática:

«Diósele primero a aquella santísima humanidad el ser divino, juntándola y uniéndola con la divina persona; de manera que a aquella humanidad se le dio el ser de Dios de tal suerte, que podamos decir con verdad que aquel hombre es Dios,

¹² Obras VI, 160s.

¹³ Obras, V, 750.

Hijo de Dios, y ha de ser adorado en los cielos y en la tierra como Hijo de Dios. Y, pues el mismo Dios es tan grande, esta gracia ya se ve que es infinita, por la dádiva que se da en ella, que es la mayor que se puede dar, pues en ella se da Dios; y por la manera que se da, que es la más estrecha, que es por vía de unión personal»¹⁴.

Para hablar de Jesús, el santo utiliza a menudo el término «Dios humanado»¹⁵, y en el mostrar su amor por los hombres lo llama «amigo verdadero»¹⁶; «un solo Amigo, que os ama más que todos los enemigos os desaman, y Él solo puede más que todos ellos juntos»¹⁷. Él es el amigo principal¹⁸. El amor de Jesús es comparado con el amor tierno de una madre: «No hay madre que tanto ame a sus hijos y tanto los regale, cuanto Jesucristo amaba y regalaba a sus apóstoles»¹⁹.

Jesucristo es el único mediador:

«Sepan todos que otro medianero principal no hay si Él no; porque, aunque los santos lo sean, sonlo por Él y sonlo porque Él fue medianero para que ellos tuviesen cabida con Dios; y que para todos es medianero, si quieren llegar a Él»²⁰.

A. La locura de la Cruz

Jesús ejerce su mediación como Sacerdote y Víctima al ofrecer su vida en sacrificio por nosotros en la Cruz. Para San Juan de Ávila la Cruz representa no tanto el dolor como el misterio del amor de Cristo por su Iglesia, su esposa:

«Si al patriarca Jacob *le parecía poco siete años* de servicio por casar con Raquel, *por el grande amor que la tenía*, ¿qué te parecería un día de la cruz por desposarte con la Iglesia y hacerla tan hermosa, *que no la quedase mancilla ni ruga?* Este amor te hace morir tan de buena gana; éste te embriaga de tal manera que te hizo estar desnudo y colgado de una cruz, hecho escarnio del mundo»²¹.

Por lo tanto, el tema de la meditación más recomendado por el santo era la Pasión del Señor, que indicaba como libro en el que leer la inmensidad de la bondad de Dios:

«Porque en ella podéis conocer, según en este destierro se sufre, cuán preciosa es la bienaventuranza, y cuán grandes los infernales tormentos, cuán preciosa la

14 Obras VI, 369.

15 Obras V, 567.

16 Obras VI, 394.

17 Obras V, 233.

18 Obras V, 736.

19 Obras II, 428.

20 Obras, II, 488.

21 Obras, VI, 384.

gracia, cuán dañoso y aborrecible el pecado, pues, por compramos Cristo estos bienes y librarnos de estos males, siendo quien es, padeció tanto. Libro es en que podéis leer la inmensa bondad divina, y la dulcedumbre de su amor»²².

El inmenso amor de Jesús debe ser repagado por los cristianos de la misma manera, o sea, llegando incluso hasta la locura de la cruz:

«Pues ¿cómo te pagaré, Amado mío, este amor? Esta es digna recompensa, que la sangre se recompense con sangre (...) ¡Dulcísimo Señor!, yo conozco esta obligación; no permitas que me salga fuera de ella, y véame yo con esa sangre teñido y con esa cruz enclavado. ¡Oh cruz!, hazme lugar, y véame yo recibido mi cuerpo por ti y deja el de mi Señor. ¡Ensánchate, corona, para que pueda yo poner ahí mi cabeza! ¡Dejad, clavos, esas manos inocentes y atravesad mi corazón y llagadlo de compasión y de amor!»²³.

«Cuando yo, mi buen Jesús, veo que de tu costado sale ese hierro de esa lanza, esa lanza es una saeta de amor que me traspasa; y de tal manera hiere mi corazón, que no deja en él parte que no penetre, ¿Qué has hecho, Amor dulcísimo? ¿Qué has querido hacer en mi corazón? Viene aquí por curarme, ¡y hasme herido! Viene a que me enseñases a vivir, ¡y hácesme loco! ¡Oh dulcísima herida, oh sapientísima locura!, nunca me vea yo jamás sin ti»²⁴.

El Maestro de Ávila enseña con gran fuerza que no es posible seguir a Jesús sin llevar su cruz:

«¿Seguís al Señor sin cruz? Pues no vais tras Él. Muchos se venían cuando predicaba en los montes, en el campo y en los templos, y de cuantos siguieron entonces no hubo uno que le ayudase a llevar la cruz. La cruz, dice el Señor, que le ayudéis a llevar»²⁵.

«En cruz conviene estar hasta que demos el espíritu al Padre; y vivos, no hemos de bajar de ella, por mucho que letrados y fariseos nos digan que descendamos y que seguiremos provecho de la descendida, como decían al Señor»²⁶

Como buen predicador, exhorta a los cristianos a descubrir la cruz en las dificultades de la vida cotidiana:

«¿Y qué es cruz, padre? El vecino que te persigue, hambre, pobreza, desnudez, necesidad, sufrir la mala condición de las personas con quien no puedes dejar de tratar, deshonra, enfermedades, trabajos, cualesquiera que sean; y todo esto no es

22 Obras, I, 765.

23 Obras, VI, 386.

24 Obras, VI, 388.

25 Obras, II, 2-56.

26 Obras, V, 436s.

nada: tú mismo te eres cruz, tú mismo te persigues a ti»²⁷.

Llevar la cruz consiste esencialmente en hacer morir al hombre viejo que cada uno lleva consigo:

«Lo principal en que consiste la cruz es la muerte del parecer y voluntad propia y de las racionales pasiones; esto es, el hombre viejo, que ha de morir conforme al hombre viejo de Cristo, que murió en la cruz. ¿Cuál es este hombre viejo? El mortal y pasible cuerpo. Muerto ha de ser en nosotros este hombre malo que he dicho»²⁸.

B. El Corazón de Jesús

La doctrina de San Juan de Ávila sobre la devoción al Sagrado Corazón de Jesús debe ciertamente ser considerada como un anillo en la evolución histórica de este tema tratado por él con gran profundidad bíblica y patristica.

Todo el amor de Cristo se resume en su Corazón, símbolo de sus sentimientos más íntimos. Corazón que es un semillero de amor:

«Enséñanos ese horno de tu corazón de ardentísimo amor, que te cumple hacer tales obras»²⁹. El Corazón de Cristo, con su «excesivo amor»³⁰, está lleno de dolor a causa de nuestros pecados: «Mas si caváremos en lo más dentro del corazón del Señor, hallaremos en él dolores por los pecados que los hombres han hecho»³¹.

El Maestro Ávila enseña que para amar a Jesús es suficiente contemplar su Corazón:

«Ya abrió Dios sus entrañas y corazón. Por aquel agujero del costado puedes ver su corazón y el amor que tiene. Ábrele el tuyo y no esté cerrado. Párate a pensar: Señor, tu corazón abierto y alanceado por mí, ¿y no te amaré yo a tí? Abrístemte tu corazón, ¿y no te abriré yo el mío?»³².

Ser un buen cristiano no es más que tener en el corazón los mismos sentimientos del corazón de Cristo:

«Tanto tenéis de buen cristiano, cuanto tenéis de la condición de Jesucristo. Aprended de mí, que soy humilde y manso de corazón. Aprended del amor que os tengo: Este es mi mandamiento, que os améis unos a otros de la manera que yo os amé. ¿Qué es eso, sino tener su corazón»³³.

27 Obras III, 298s.

28 Obras V, 583.

29 Obras II, 759.

30 Obras I, 759.

31 Obras I, 762.

32 Obras II, 121.

33 Obras II, 917.

C. La Eucaristía

El misterio de la Eucaristía es tal vez el argumento más común y la más elaborada en la doctrina teológica de San Juan de Ávila. Nos enseña que la Eucaristía está realmente presente el Redentor y de manera sacrificial y sacramental:

«Dos son los fines que el Señor pretendió en quedársenos acá por presencia realmente en este sacramento; uno es para que la Iglesia tenga sacrificio precioso que ofrecer al Eterno Padre en amansamiento de su ira y impetración de sus misericordias, el otro para que los fieles tengan mantenimiento espiritual para sus ánimas, con el cual, como el Señor dice, vivirán para siempre»³⁴.

Sobre el primer aspecto de San Juan de Ávila nos enseña que en la Eucaristía está presente todo el misterio de la auto-donación de Cristo, desde su Encarnación hasta su glorificación, porque en ella «hizo Dios un retablo, en que puso todas sus maravillas, en que está debujado su Encarnación, su Nacimiento y su Pasión y todas las obras pasadas que ha hecho dignas de memoria, para que, si deseas acordarte de todo, lo halles junto y nada te falte de lo que deseas, sino que lo tengas todos junto»³⁵.

En particular, la Santa Misa es una «re-presentación» de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor:

«En la primera venida padeció y fue sepultado, y aquí se llama ser sacrificado en la Misa, porque es representación de su sagrada Pasión; fue entonces muerto y sepultado en el sepulcro, y aquí es puesto vivo en nuestros corazones, para que con la conviniencia de estos misterios entendamos (...) que para nosotros nació, vivió, fue muerto y sepultado, pues aquí tenemos la semejanza de todo aquello y al mismo que aquellas cosas obró»³⁶.

En muchos otros lugares del Maestro Ávila destaca el carácter de memorial de la Santa Misa, por ejemplo, con las siguientes palabras:

«El mismo cuerpo que en la cruz estuvo, la misma sangre que se derramó, ése comemos y ésa bebemos, en memoria de aquella sagrada Pasión, que se celebró en remisión de nuestros pecados. No es mucho, pues que, representándose aquí el derramamiento de aquella sangre, y estando ella presente aquí, bebiéndola con devoción se nos aplique el perdón que allí nos ganó»³⁷.

Sobre el segundo punto antes mencionado, San Juan de Ávila muestra que el principal efecto de la comunión eucarística es la transformación del cristiano en

34 Obras VI, 173.

35 Obras II, 644.

36 Obras II, 848s.

37 Obras II, 781.

Cristo, que produce en nosotros la justificación. Un efecto similar viene de lo que él llama «comunidad espiritual»:

«Luego esto es comulgar espiritualmente; recibir una fuerza en Cristo, una confianza de que os ha perdonado y que sois uno de los que han de ir al cielo y manteneros tanto de esta esperanza, que digáis con el Apóstol: *Vivo yo, ya no yo*. —¿Desde cuándo San Pablo? —Desde que comí a Jesucristo, ya no soy yo; desde que Cristo vive en mí, mediante la comunión espiritual y la confianza de que soy hijo suyo, ya no soy yo»³⁸.

En esta «comunidad espiritual», en vez de ser nosotros los que comemos y asimilamos a Cristo, somos comidos y asimilados por Él: «Y la unión que se hace en el bautismo invisiblemente, aquí en el altar se representa visiblemente; porque comiendo a Cristo somos comidos de El, unidos con El como miembros con la cabeza»³⁹; «Las especies de pan y de vino, debajo de las cuales recibís el cuerpo de Jesucristo, certísimamente las digieris y se convierten en sustancia vuestra, y el cuerpo de Jesucristo os digiere a vos y os convierte en sí y hace una misma cosa con él»⁴⁰.

Con su presencia sacramental en la Eucaristía, Jesús es hecho prisionero por el inmenso amor que nos tiene:

«¿Qué es Dios estar encerrado en un sagrario y en un sacramento? ¿Qué le falta para estar preso y encarcelado? Sino que, por el grande amor que nos tiene. El mismo se deja prender; y verdaderamente está encarcelado, aunque en cárcel de amor. Quitale el amor con que allá está y verás que es incomportable estar donde está»⁴¹.

Por último, enseña que la Eucaristía es el libro donde se aprenden a vivir todas las virtudes cristianas:

«Y de ahí nacerá alcanzar las otras virtudes que ha menester para otra vez bien comulgar y para vivir como cristiano. Y si me preguntas cuáles o qué tales son, doite por libro en que las leer, por retablo en que las mirar, este divino Sacramento»⁴².

38 Obras II, 749.

39 Obras II, 497.

40 Obras II, 749.

41 Obras II, 678.

42 Obras II, 766.

2. El Espíritu Santo

La doctrina del Maestro Ávila sobre el Espíritu Santo está contenida principalmente en diez Sermones pronunciados con ocasión de la Ascensión y Pentecostés, aunque si ese argumento recurre a menudo en otras obras. Enseñó este tema con profundidad teológica y al mismo tiempo lo sabía explicar con gran simplicidad, para hacerlo comprender al pueblo.

Siguiendo la enseñanza escriturística, el título preferido por el santo para nombrar a la Tercera Persona de la Trinidad es “Consolador”. De hecho, el Espíritu Santo consuela a los Apóstoles en la ausencia corporal de Jesús:

«Los apóstoles, después que nuestro Señor se subió al cielo, estaban esperando la promesa que les hizo, cuando les dijo: *Yo me voy, pero yo enviaré al Espíritu Santo, que os consolará*; y os enviaré al Consolador, que os consuele de la pena que tenéis de mi partida. Como ellos oyeron esta palabra, estaban esperando, los ojos puestos en el cielo, qué cosa sería. Decían ellos: “Nuestro Maestro nos dijo que nos enviaría un consolador que nos hiciese olvidar el amor que le teníamos (...) ¿Qué ha de venir otro que sea tan grande, tan poderoso, tan sabio, tan bueno, que nos haga olvidar a nuestro Maestro? ¿Quién será éste?”. Alzaban sus pensamientos y sus voces al cielo, y decían: “Señor, deseamos os, y no os conocemos; querríamos que viniédeses, y no sabemos quién sois. Por vuestra misericordia tengáis por bien de venir y consolar nuestros corazones: *venid, Señor, que estamos muy desconsolados esperando vuestra venida*»⁴³.

Del mismo modo el Espíritu Santo consuela a los fieles, por lo que los anima a nutrirse de la santa devoción por el Paráclito:

«El Espíritu Santo es Consolador, hermanos, ¡Cómo sabrá consolar, pues por su grandeza se llama así: *Consolador* (...) Pues ¿porqué no trabajamos por tener nosotros un Consolador que nos consuele y que enriquezca nuestra pobreza? ¡Oh si os pudiese yo pegar la devoción con el Espíritu Santo! Péguelosla Él por su infinita misericordia»⁴⁴.

Además de Consolador, el Espíritu Santo es llamado en los modos siguientes:

«El despertador, el Exhortador, el Consolador, el enseñador, todo lo que se hobiere de hacer. Él te enseñará a regir y guiar tu nao. Él hará que, contra todos los vientos, con su solo consejo e industria llegues a puerto seguro»⁴⁵.

43 Obras II, 378.

44 Obras II, 386.

45 Obras II, 418.

El Espíritu Santo mora en el alma de los justos con el Padre y el Hijo: “Viniendo el Hijo y el Padre, también el Espíritu Santo. No te llames huérfano de aquí en adelante”⁴⁶ y la unión por la gracia del Espíritu Santo con el alma cristiana se llama «espiritización»:

«Mas ¿cómo la diremos a esta junta que el Espíritu Santo quiere hacer y hace con tu ánima? Encarnación no; pero es un grado que tanto junta el ánima con Dios y un casamiento tan junto y tan pacífico, que parece mucho encarnación, aunque por otra parte mucho diferencien, Porque la encarnación fue una tan altísima unión del Verbo divino con su santísima humanidad que la subió a sí a unidad de persona; lo cual no es acá, sino unidad de gracia; y como allí se dice encarnación del Verbo, se dice acá *espiritización* del Espíritu Santo»⁴⁷.

Con la gracia del Espíritu Santo, recibimos también las virtudes y los dones por los que recibimos la capacidad de actuar sobrenaturalmente:

«Y así somos encorporados en Jesucristo, y se nos da el Espíritu Santo y su gracia, que, infundida en nuestra ánima, somos por ella hechos hijos adoptivos de Dios y agradables a El. Y también recibimos virtudes y dones, para que podamos obrar conforme al alto ser de la gracia, que nos fue dada»⁴⁸.

La acción humana, con los dones sobrenaturales del Espíritu Santo, es más potente y perfecta que el actuar sólo con las virtudes:

«Mira; una cosa es obrar como hombre bueno, aunque favorecido de Dios; otra cosa que sea el Espíritu Santo el auctor y movedor, y que sea el hombre cuasi no más que instrumento. Mucho es que obréis vos una obra buena y que con la virtud y los hábitos os esforzasteis y pensasteis lo que elegistes, etc.; otra cosa es que obréis una obra grande, que ni vos la pensasteis ni elegisteis, ni teníades fuerza ni virtud para ello, ni la común fe ni caridad bastaba para hacerla, sino como el niño, que decís no es suyo lo que habla. Es como si un gran pintor tomase la mano a uno que no sabe pintar y con ella hiciese mía muy hermosa imagen; el que allí la hace decimos que es el pintor, mas el instrumento es la mano del otro. Así es acá. En las primeras obras que el hombre obra acá con el ayuda de las virtudes y de Dios obra el hombre ayudado de Dios, obra Dios acompañando, el hombre como órgano del Espíritu Santo; que si le decís: “¿Quién te dijo esto? ¿Cuándo lo pensaste? ¿Por qué lo heriste?”, no sabrá la causa, sino que lo halló hecho. Es como viento que no sabéis de dónde vino ni va; y muéveos el Espíritu Santo. ¡Cuánto es la obra de mayor fuerza que la que vos teníades, que os espantáis de vello hecho!»⁴⁹.

46 Obras II, 427.

47 *Ibid.*, 430s.

48 Obras I, 773.

49 Obras II, 449s.

3. Misterio de la Iglesia

En la doctrina eclesiológica de San Juan de Ávila sobresalen dos aspectos: la Iglesia como Cuerpo Místico de Cristo y como su Esposa inmaculada. En el primer aspecto, sigue de cerca la doctrina paulina. De hecho, sobre esta pista dice que Cristo es la Cabeza de su Cuerpo, la Iglesia, de modo tal que para que Él y los cristianos son llamados sólo Cristo:

«Cuando nosotros oramos, Él ora en nosotros, como dice San Agustín; y cuando nosotros somos oídos de Dios dice que Él es oído, por aquella inefable unión que hay entre Él y los suyos, significada por el nombre de esposo con su esposa, y de cabeza con su propio cuerpo; al cual amó tanto que, aunque ordinariamente vemos que pone uno su brazo para recibir el golpe por salvar la cabeza, mas este bendito Señor, siendo cabeza, se puso delante del golpe de la Justicia divina, y murió en la cruz por dar vida a su cuerpo, que somos nosotros (...) Porque por esta inefable unión de Cristo, cabeza, con la Iglesia, su cuerpo, Él y nosotros somos llamados un Cristo»⁵⁰.

En otra parte, reitera la misma idea cuando dice: «Tiene Cristo dos cuerpos: uno el que recibió de la Virgen, y otro que somos nosotros»⁵¹, y cuando enseña que con Jesús somos una persona mística:

«Digamos ahora que tenemos una *Cabeza* que es Dios, y seamos una *persona mística* con Él. Cosa parece ésta que espanta oyéndola y que hace encoger al hombre, mirando su poco valor; y parécele cosa desigual que sea él parte o cuerpo que tenga a Dios humanado por su cabeza»⁵².

Cristo, Cabeza de la Iglesia, ejercita su influencia benéfica y vital sobre toda la Iglesia:

«Ordenación de Dios es (...) que los trabajos y santidad de su unigénito Hijo entren en provecho a los hombres, y, como de verdadera cabeza, corran los bienes del Señor a nosotros, y en este caso haya unidad y compañía entre Él y nosotros (...) ¡Oh compañía tan provechosa y tan honrosa entre Jesucristo y nosotros, que en los santos trabajos y merecimientos de Él sea participante la humana bajeza y pobreza!»⁵³.

Precisamente por esta razón podemos decir que las buenas obras son obras de Cristo más que nuestras obras:

«Es tanta la unión de la cabeza —que es Jesucristo— con él [hombre] y tanta la principalidad de obrar con él y de moverlo como cabeza a su vivo miembro,

50 Obras I, 775s.

51 Obras II, 628.

52 Obras II, 793.

53 Obras II, 812.

que con justa razón, aunque la obra sea hecha de entrambos, se dice con mucha verdad ser más obra de Cristo que obra del hombre; y de aquí le viene tan grande valor»⁵⁴.

Este cuerpo místico o compañía crece a través de la caridad⁵⁵. En última instancia es la Comunión de los Santos:

«¡Cuántas veces habéis rezado el Credo, y llegando a aquel paso *et sanctorum communionem* por ventura no lo habéis entendido! ¿Qué *comunió*n es ésa? *Compañía*, Y ¿qué compañía? Como la del cuerpo; que el mal de un miembro es de todos»⁵⁶.

Por lo tanto, el pecado tiene una dimensión social, ya que mata el Cuerpo Místico de Cristo:

«Están juntos Cristo y el prójimo, que dice San Pablo en las dichas palabras que *pecando contra los prójimos pecáis contra Cristo*. Porque, como dice la glosa, “ellos son miembros de Él”; y claro está que quien corta una parte del cuerpo, a la cabeza y al cuerpo lastima, injuria y ofende. ¡Oh desdichado atavío, que mata el cuerpo de Jesucristo nuestro Señor y ofende a la Cabeza de hombres y a la Cabeza de ángeles! (...) Si quitar la vida al cuerpo místico de Jesucristo nuestro Señor no pone espanto de sólo oír, ¡no sé qué trueno bastará para te espantar!»⁵⁷.

El segundo aspecto destacado por San Juan de Ávila en sus enseñanzas eclesiológicas es el hecho de que la Iglesia es la Esposa de Cristo:

«Este mismo Dios, casado con aquella naturaleza humana, Dios y hombre verdadero, acordó de se casar otra vez y tomar una esposa, cierto, bien diferente de sí en linaje y en bondad, y es la Iglesia cristiana, que nos llamamos esposa suya toda la congregación de los fieles»⁵⁸.

Hace hincapié en el sentido eclesial de la vida espiritual, demostrando que el alma cristiana, por su pertenencia a la Iglesia, la Esposa de Cristo, ha sido desosada por Jesús. Por eso, la santidad y la belleza de la Iglesia implican en los fieles una exigencia de belleza interior y santidad cristiana, de modo que el alma en pecado no es reconocida por Cristo como su esposa:

«El ánima que está en pecado y persevera, no la recibirá Cristo por esposa; pero *si cercena los cabellos, y se corta las uñas*, recibirla ha de buena voluntad, que quiere decir, si raéis vuestras malas obras, quitando lo malo, que es significado por lo que sobra de las uñas, y los pensamientos, por lo que los cabellos, cortándolos

54 Obras II, 635.

55 Obras IV, 379.

56 *Ibíd.*

57 Obras II, 539s.

58 Obras II, 124.

como cosa superflua y que no aprovecha, y lloráis vuestros pecados y tomáis propósito de no ofender más a Dios, restituíros heis para ser esposa de Cristo»⁵⁹.

«En el palacio del gran rey Asuero, que es Dios, que es la Iglesia, no puede entrar hombre vestido de vestidos de temor; vestiduras de bodas ha de llevar, y de hijo, de esclavo o jornalero, que quiere decir el que obra por sólo su interese»⁶⁰.

En este sentido, San Juan de Ávila se refiere a la belleza original de la Iglesia primitiva:

«¡Oh Iglesia cristiana, cuán caro te cuesta la falta de aquestos tales enseñadores, pues por esta causa está tu faz tan desfigurada y tan diferente de cuando estabas hermosa en el principio de tu nacimiento»⁶¹.

Él propone a sus oyentes el modelo de la santidad de los primeros cristianos, por ejemplo en el campo de desprendimiento de los bienes materiales, como en la Iglesia primitiva, los fieles movidos por el Espíritu Santo «vendían cuanto tenían, tomaban los dineros y daban con ellos a los pies de los apóstoles (...) El grande amor que tenían en sus corazones y entrañas a Jesucristo y a su santa pobreza, les hacía menospreciar todo lo visible»⁶², y también en el ámbito de la caridad: «Siendo muchos los cristianos, dice el evangelista San Lucas *que de los creyentes era el corazón uno y el ánima una*; y ahora, ¡ni aun padres con hijos, ni marido con mujer, aun no tienen un corazón!»⁶³. En ese contexto explica cuál es la causa de la vida santa de los primeros cristianos:

«¿Sabéis cuál fue la causa de vida celestial? Haber predicadores, encendidos con fuego de amor celestial, que encendían los corazones de los oyentes al fervoroso amor de Jesucristo nuestro Señor, y usarse entonces comer de este Pan celestial cada día o poco menos de cada día. Y porque agora hay tan pocos predicadores encendidos con este fuego y que conviden con fervor a la frecuente comida de aqueste Pan celestial, hase quitado el comer y hase quitado la fuerza»⁶⁴.

59 *Ibíd.*, 125.

60 *Obras II*, 312.

61 *Obras II*, 864.

62 *Obras II*, 418.

63 *Obras II*, 864.

64 *Ibíd.*, 865.